

miércoles 10 de octubre de 1990

Alentadora, la Experiencia de Checoslovaquia

Las Sociedades y sus Líderes

- ★ ¿Gobernantes de Verdad a la Altura de sus Pueblos?
- ★ La Tecnocrática no es la Única vía a la Modernidad
- ★ Esperanza de que la Política sea Actividad Digna

LORENZO MEYER

El 26 de abril de este año, un Presidente de la República se presentó a la ceremonia donde se le habría de otorgar un título de doctor honoris causa. La ocasión en sí misma no tenía nada de extraordinario, pero el discurso del homenajeado sí lo fue. Entre otras cosas, el Jefe del Poder Ejecutivo dijo: "Este no es el primer grado honorífico que se me otorga, pero al igual que los anteriores, lo acepto con un íntimo sentido de vergüenza... Confieso que mi autoestima no es mucha, y por tanto acepto este doctorado como un obsequio extraño y con una sensación de asombro. En realidad, no me sorprendería nada que en este mismo momento apareciera un caballero que me arrebatara el pergamino que acabo de recibir, me tomara por el cuello y me echara de este recinto sin miramientos, diciéndome que toda la ceremonia ha sido producto de un error agravado por mi desfachatez."

LAS SOCIEDADES Y SUS LIDERES

Sigue de la primera plana

"...Con frecuencia—afirmó el Presidente en otra parte del singular discurso—me asalta una vaga sensación de culpabilidad, como si el mero hecho de mi existencia fuera una especie de pecado... En cualquier situación en que me encuentre, de lo primero que me percato es de sus aspectos absurdos... La verdadera razón por la cual siempre estoy organizando algo, creando algo, es para volver a justificar mi derecho a vivir, un derecho sobre el que siempre tengo dudas."

Más adelante viene esta singular justificación del poder de un político sobre sus semejantes: "Con todo derecho ustedes se podrán preguntar, ¿cómo es que alguien que piensa como yo pueda ser Presidente de su país? Es una paradoja, pero debo admitir que si me desempeño mejor que muchos otros que podrían ocupar el cargo, ello se debe justamente a que en el origen profundo de mis acciones se encuentra siempre la duda del derecho que tengo para ocupar este puesto."

Finalmente, el Presidente concluyó su corta intervención con esta palabra:

"Una vez más, les doy a ustedes las gracias por el honor que me han conferido, y me da vergüenza repetir que lo acepto con un sentimiento de vergüenza".

El discurso parcialmente reproducido en las líneas anteriores suena como algo totalmente fantástico, lo más alejado posible de lo que en México podríamos esperar de un político, y menos aún de un Presidente. Sin embargo, el lector puede estar seguro que no se trata de una broma o de algún otro producto de mi imaginación, sino de un auténtico discurso de un Presidente de la República, pero no de un Presidente de nuestra República, sino de Vaclav Havel, el actual Presidente de Checoslovaquia, y se le puede leer completo en el *The New York Review of Books* (27 de septiembre, 1990). La breve y peculiar pieza oratoria fue leída hace casi seis meses en la Universidad Hebrea de Jerusalén, y tuvo como pretexto la relación entre la obra de otro checo—Franz Kafka—y la política.

★

Un presidente mexicano que públicamente confesara sus dudas interna, so-

bre su derecho a existir y a ocupar la jefatura del Poder Ejecutivo de nuestro país, es simplemente impensable, por imposible. Pese a las enormes diferencias en sus políticas y personalidades, todos los presidentes mexicanos han optado por asumir frente a los gobernados un mismo estilo, uno que les ha ayudado a cubrir sus numerosas deficiencias, y que más parece propio de narcarcas que ejercen el poder por derecho divino que el de supuesto "siervos de la nación". El aparato

protocolario y de seguridad que hoy rodea a los presidentes—y que en buena medida justifica las prerrogativas y arbitrariedades del Estado Mayor Presidencial—, el tono de sus discursos, sus gestos, la seguridad doctoral y contundente de sus pronunciamientos, la gran capacidad de autohumillación de su círculo inmediato etcétera, nos recuerda todo el tiempo que aún no superamos nuestros tres siglos de experiencia colonial. En la práctica política real, los mexicanos seguimos siendo tratados, más como súbditos que como ciudadanos, y no como cualquier clase de súbditos, sino de aque-

lla de los que, como dijera el recordado virrey, "nacieron para obedecer y callar".

Checoslovaquia, como México, es una sociedad que ha sido sometida y explotada, cuyo sistema económico y político surgido de la Segunda Guerra Mundial fracasó, y de una manera tan contundente como el nuestro. Sin embargo, resulta que ahora está intentando buscar la solución a sus problemas por un camino muy distinto al mexicano. Su liderazgo, como bien se desprende del discurso citado, no es tecnocrático sino exactamente lo opuesto: humanista. El

Presidente Havel no es un economista sino un hombre de letras, y lo más interesante de todo es que su derecho a ejercer el poder no se basa en posgrados—no tiene ninguno—ni en su conocimiento de complicadas fórmulas econométricas, sino en elementos exclusivamente morales, éticos, tan devaluados en nuestra vida pública. El Presidente checoslovaco no sólo llegó al poder por la voluntad expresa de la mayoría de sus conciudadanos, sino que esta voluntad fue resultado de una vida pública ejemplar, centrada en la peligrosa o-

sición al totalitarismo; en una oposición que a muchos debió parecer absurda por su aparente debilidad frente a la enorme arrogancia y la brutalidad de los burócratas montados en la terrible maquinaria de un partido de Estado.

★

Si hoy el presidente Havel puede decir dentro y fuera de Checoslovaquia lo que realmente piensa—incluso confesar sus debilidades y miedos más íntimos—sin temor a perder el respeto de propios y extraños, ello se debe a la enorme seguridad que le dan las bases morales de su acción política. Mientras el discurso de Vaclav Havel siga siendo el que ahora es, podemos ser optimistas y suponer que la enorme distancia que siempre ha separado a gobernantes y gobernados en México y en otros muchos países, no es un hecho inevitable, sino una fatalidad. Si los checos pueden darse el lujo de depositar el poder presidencial en manos de un humanista y no de un maquiavélico, y si el futuro nos muestra que ese lujo da resultados positivos tangibles—cosa que esperamos, pero que aún está por verse—

entonces aún habrá esperanza de que la política pueda ser una actividad digna, no venida con la honestidad y el desinterés.

Desde luego que estoy consciente que para una sociedad con la terrible experiencia histórica de la nuestra, especialmente a partir del 'encuentro' de la mayoría indígena con la minoría europea hace 500 años, no va a ser fácil transformar el carácter de su política y llegar a contar con una clase dirigente para la cual la sencillez, la honestidad y la voluntad de servicio pueda sustituir a la prepotencia, a la corrupción y a la voluntad de dominio. Sin embargo, la mera existencia de líderes como el presidente Havel nos muestra que el estilo imperial-tecnocrático de gobernar, no es el único posible.

Las reflexiones anteriores conducen, casi de manera inevitable, a volver a plantear la vieja pregunta: ¿realmente los pueblos tienen los gobernantes que se merecen? Hoy, los checos tienen un liderazgo humanista porque se lo merecen en tanto que nosotros tenemos uno muy dis-

tinto porque ese es el único adecuado a nuestra idiosincrasia? La respuesta adecuada a tamaña pregunta no es fácil; sospecho que ni siquiera existe. Y, pese a todo, hay que intentarla. De hecho, cada uno de nosotros la está dando con su propio comportamiento. El conformista, aunque no esté consciente de ello, está aceptando con su actitud que lo que hoy tenemos es lo que merecemos. El inconforme, por el contrario, es en el fondo un optimista, pues al rechazar lo existente está implicando que la vida política en México puede ser distinta, mejor.

Si aceptamos que el sistema político mexicano y quienes toman las decisiones corresponden al grado de desarrollo económico y cultural de México, entonces es claro que no tiene mucho sentido gastar la energía en la lucha por instaurar la democracia: en ese caso lo racional es sacar el mejor partido posible de las circunstancias individuales, y justificar la inacción personal y colectiva insistiendo en que primero deberá ocurrir el cambio global de las bases materiales y culturales antes de aspirar a la democracia política y a un liderazgo realmente comprometido con los valores morales de nuestra civilización.

Una alternativa a la posición anterior, bien puede partir de una opinión expresada hace tiempo por don Daniel Cosío Villegas: salvo contadas excepciones, los gobernantes mexicanos nunca han estado a la altura de su pueblo. Sospecho que una parte muy numerosa de la opinión pública mexicana puede concordar con esa afirmación. No podemos aceptar que históricamente hayamos estado tanto degradados como conjunto, que realmente hayamos merecido la mayoría de los gobiernos que hemos tenido.

Al final de cuentas, la respuesta que demos a la interrogante sobre la relación entre la calidad de gobernantes y gobernados, dependerá de nuestros valores, de la idea básica que tengamos del hombre, de la sociedad, del poder y sobre todo, de nuestra actitud ante la vida y la historia. Pero no se puede negar que la experiencia de Checoslovaquia, si resulta exitosa, alentar a los optimistas de todas partes, pues muestra que lo que ha sido no tiene por qué continuar siendo, que hay otras posibilidades y calidades en el ejercicio del poder, que la tecnocrática no es la única vía para hacer frente al desafío histórico y vital de la modernidad.